

## CONTAR EL HORROR

Marcelo Simonetti<sup>1</sup>  
marcelosimonettiu@gmail.com

### 1

Hace unos meses la periodista Paola Passig me escribió para invitarme a participar en una antología de relatos. Quería reunir en un libro textos de diferentes cronistas y escritores sobre lo que fueron los días del Golpe. Si bien el contexto resultaba obvio –la conmemoración de los 50 años del 11 de septiembre de 1973–, había algo muy novedoso en su propuesta. Paola buscaba recuperar la mirada de la infancia acerca de ese momento bisagra que fue el derrocamiento del presidente Allende y que nos hundió en 17 años de oscuridad y barbarie.

De un tiempo a esta parte, ese ejercicio, volver a ver el mundo con los ojos de un niño, se ha convertido en mí en una dinámica recurrente. Cada vez que me enfrento a un proyecto editorial que está orientado a una audiencia infantil, mi estrategia narrativa pasa por ese ejercicio hermoso que es recuperar la infancia y escribir como si viera la realidad desde una banquita o una escalera a la edad de ocho, diez, doce años.

Por supuesto que dije que sí y escribí un texto –que apareció en el libro *Los niños del 73*, antologado por la citada Paola y Ximena Ceardi– que giraba en torno a mis recuerdos de aquellos días: los miguelitos, las bombas lacrimógenas, la decisión de

---

<sup>1</sup> Marcelo Simonetti Ugarte (Valparaíso, 1966). Periodista y escritor. Ha publicado novelas, libros de cuentos y álbumes ilustrados. Cuenta con varias publicaciones para el mundo infantil y juvenil: *Tito* (novela, 2015), *Horizonte vertical* (novela, 2015), *La rebelión de las letras* (libro álbum, 2016), *La máquina de imaginar cosas* (libro álbum, 2016), *Las rayas del tigre* (libro álbum, 2018), *Ravioli* (libro álbum, 2020), *El secreto de los gatos* (2020), *Los silencios del señor Cordolines* (2022), *Caminante* (2022). También ha escrito *El abanico* de Madame Czechowska (2002), *La traición de Borges* (2005), *Dibujos de Hiroshima* (2020) y *Redman* (2022). Ganador de los premios de La Felguera (1999), Municipal de Santiago (2003), Casa de América (España, 2005), Mejores Obras Literarias (Chile, 2014), Marta Brunet (2019) y la Medalla IBBY Colibrí (2021).

mis padres de dormir en el suelo –por miedo a que una bala se colara por la ventana–, los disparos, los gritos, los bandos oficiales de los militares en el poder.

Muy al pasar hacía referencia a una prima lejana de mi madre –tan lejana que ella no recuerda si alguna vez se vieron–, una de las primeras víctimas oficiales de la dictadura. Su nombre era Marta Ugarte Román, la profesora básica, militante comunista, cuyo cuerpo fue lanzado al mar desde un helicóptero Puma en septiembre de 1976, para más tarde yacer en las arenas de la playa La Ballena.

Del parentesco familiar me enteré mucho tiempo después de conocer el caso. Mis padres nunca hablaron de ella ni tampoco nos contaron de la detención y tortura que sufrió un hermano de mi mamá, el tío Floridor. Para el Golpe, yo aún no cumplía los siete años, mi hermano no llegaba a los cinco y mi hermana apenas sumaba tres. Mis padres, en el afán de no inquietarnos, prefirieron el silencio. Supongo que, como ocurre en la película de Roberto Benigni, *La vida es bella*, nuestros padres quisieron librarnos del horror.

No tengo un juicio respecto de la decisión de mis padres de no hablarnos sobre lo que ocurría en el país en los días en que nosotros íbamos al colegio y cumplíamos con nuestros deberes escolares. Sí advierto en ese gesto protector -convenido o espontáneo- una expresión de cariño. Nunca hemos hablado acerca de por qué jamás nos hicieron partícipes de las conversaciones que debieron tener *sotto voce* –los imagino hablando en voz baja, cuando sus hijos dormíamos inocentes e ignorantes de lo que pasaba más allá de nuestro mundo–. Aventuro que pensaron que esos temas no eran para ser compartidos con sus hijos o que consideraron peligroso para nuestra salud mental imponernos esas imágenes de persecución y muerte.

## 2

En 2012 realicé un taller de escritura infantil con María José Ferrada. Yo había escrito una novela para niños y niñas, que llevó por nombre *Tito* y que fue publicada por la editorial SM. Hasta antes de eso, como la mayoría de los escritores de entonces, la literatura infantil me parecía un mundo poco desafiante, un género menor. Con la escritura de la novela se me reveló un territorio riquísimo y consideré necesario que si quería persistir en ese universo debía adquirir algunas herramientas; por eso tomé el taller con María José. Aprendí muchas cosas, pero quizá la más importante fue entender que los niños y las niñas son sujetos pensantes, capaces de entender de manera mucho más clara y natural ciertos temas que a los adultos suelen complicarles la vida.

Para hablar de ello, María José ponía como ejemplo dos álbumes ilustrados: *Rey y Rey*, de Linda de Haan y Stern Nijland, y *El pato y la muerte*, de Wolf Erlbruch.

El primero aborda el tema de la homosexualidad de una manera original y divertida. Un príncipe, conminado por su madre a casarse, ve desfilar delante de sí una caravana de princesas. Ninguna le llena el gusto y cuando pareciera que el príncipe

está condenado a quedarse solo, celebra la aparición de la última candidata. Sin embargo, no es con ella con quien desea casarse sino con el hermano que la acompaña.

Recuerdo que María José contó la experiencia de trabajo que tuvo con ese libro y un grupo de escolares. Luego de leerles el cuento hubo unos segundos de confusión –porque el chico había elegido al otro chico y no a la chica–, los niños y las niñas asumieron como algo natural la elección del príncipe. Sin embargo, en algunos países la lectura del libro causó revuelo entre los apoderados, quienes se organizaron para impedir que sus hijos e hijas leyeran esa historia por considerarla inadecuada, llegando a ver en esa historia una suerte de adoctrinamiento en favor de la homosexualidad.

En el caso de *El pato y la muerte*, la historia nos enfrenta a un tema tabú. Cuánto nos cuesta tratar con la muerte, cuánto nos cuesta hablar de ella. Sin embargo, el libro de Erlbruch nos presenta una muerte distinta, tan alejada del estereotipo con el que hemos crecido en Occidente: la capucha, la hoz, la sombría calavera. Aunque cueste creerlo, se trata de una historia luminosa en la que la «parca» es retratada como un personaje dulce, comprensivo, cómplice, vulnerable incluso. La muerte llega a buscar al pato, se encariña con él, juegan juntos, duda, pero finalmente debe cumplir con la tarea que se le ha encomendado.

Presenté este cuento en un taller de escritura que realicé. Mi sorpresa fue mayor al escuchar a uno de los alumnos –una persona mayor, que frisaba los setenta y muchos– decir que él no sería capaz de contarle a sus nietos un cuento que tuviera como protagonista a la muerte. «Lo encuentro macabro», sentenció.

Exhibo estos ejemplos para dar cuenta de que la supuesta dificultad que estos temas representan para los niños y las niñas no es tal y que los reparos que los adultos plantean respecto de libros como los citados –y de todas aquellas obras que abordan temas complejos– tienen más que ver con las limitaciones de esos adultos para lidiar con dichos temas. ¿Por qué la muerte sería un tema inadecuado si desde una edad temprana muchos niños y niñas deben enfrentarse a la partida de seres queridos?, ¿por qué la homosexualidad debiera ser una realidad invisibilizada a ojos de los menores si cada vez, con mayor frecuencia, vemos a personas que aman y forman parejas con otras personas del mismo sexo?

En el corazón de estas preguntas está la convicción de que los niños y las niñas son sujetos pensantes, capaces de reflexionar y procesar la información que recogen en el día a día. Si bien son personas en formación, subestimarlos en sus capacidades intelectuales es el peor error que se puede cometer. Lo importante, por tanto, y el desafío que toca a quienes nos dedicamos a escribir historias para ellos y ellas, radica más en el cómo contar que en el qué contar.

## 3

Escribo todo esto para plantear otro tema complejo y difícil desde la lógica de la literatura infantil: el de los derechos humanos. No es habitual que este tema aparezca en la literatura para niños y niñas de nuestro país, cuando menos no con frecuencia. Tal vez el caso de María José Ferrada –una autora que ha renovado con fuerza la forma de entender nuestra narrativa para las infancias– sea una excepción a la regla. Buena parte de su obra podría definirse como libros hechos para lectores mayores que también pueden ser leídos por niños y niñas.

Pienso en dos publicaciones de María José realizadas en sociedad con la artista ilustradora Francisca Yáñez: *Otro país* y *Un árbol*. El primero es un hermoso texto sobre ese otro país que descubren los niños que acompañan a sus padres al exilio. El segundo es una metáfora delicada y emotiva sobre la intolerancia. Nos habla de la necesidad de respetar a los demás. Narra la historia de una comunidad de pájaros que habita las ramas de un ombú. Su vida es plácida hasta que otro grupo de pájaros irrumpe con violencia prohibiéndoles el canto y obligándolos a dejar lo que ha sido hasta entonces su hogar.

María José también rindió homenaje a los 34 niños que fueron víctimas de la dictadura chilena –menores que cuando fueron ejecutados o desaparecidos tenían entre un mes y trece años– en otro libro que respira poesía y que lleva por nombre *Niños*.

Cada vez que visito esos libros no puedo dejar de emocionarme y agradezco en silencio el que María José haya tenido la valentía y la sensibilidad para contar estas historias llenas de poesía, entre cuyas líneas respira el horror que muchos chilenos debieron vivir como consecuencia del Golpe de Estado.

Ahora que escribo se me vienen a la cabeza otros dos libros.

*Paloma voló*, de María Jesús Guarda. Este libro, ganador del importante premio Macmillan (Inglaterra), narra la historia de Paloma, una niña que junto a su familia debe dejar Chile a consecuencia de la dictadura para iniciar una nueva vida en un país muy distinto al suyo, un país con nieve y frío. Si bien María Jesús no sufrió el exilio, sí lo experimentaron dos de sus amigas que le brindaron detalles de lo vivido. Una de las razones que empujó a María Jesús a escribir esta historia y a publicarla fue la constatación de que había muy poco escrito sobre el tema desde la perspectiva de los niños y para los niños.

*Mi abuelo debe ser un rey*, escrito por Roberto Fuentes e ilustrado por Carlos Denis, también aborda de manera muy sutil la historia de los detenidos desaparecidos. La trivial conversación entre un niño y una niña esconde esta realidad siniestra que prácticamente pasa inadvertida de no mediar la referencia a ese abuelo que ya no está. A propósito de este libro, Roberto escribió en su Twitter: «Mi último libro, *Mi abuelo debe ser un rey*, es muy importante para mí. La literatura infantil debe tomar nuestra historia como país y hacerla presente».

## 4

Desde el día en que supe que con Marta Ugarte me unía una relación familiar -por remota que esta fuera-, me interesé con mayor intensidad en su historia. El solo hecho de que un integrante de mi árbol genealógico hubiera sido ejecutado por la dictadura fue para mí una revelación significativa. A fin de cuentas, el horror nunca estuvo tan lejos; andaba al acecho, y en el supuesto que mi madre hubiera sido cercana a su prima Marta, si hubieran crecido juntas, si mi madre la hubiera acompañado cuando se inscribió junto a sus hermanas en el Partido Comunista, quién sabe qué pudo pasar. Esa posibilidad me perturba hasta el día de hoy. Tal vez por lo mismo quise llevar al personaje de Marta a mi literatura.

En octubre del año pasado, Marcela Kahler, fundadora de Ediciones Velero -especializada en literatura infantil-, me invitó a escribir un texto que estuviera cruzado por la conmemoración de los 50 años del Golpe. De manera natural, la historia de Marta Ugarte irrumpió como una posibilidad. No fue fácil decidirme a escribir una historia que estuviera inspirada en su vida. Fueron muchas las preguntas. ¿Sería apropiado?, ¿los niños estarían preparados para entender una historia como esa?, de contarla, ¿cómo debía hacerlo?

Después de darle muchas vueltas, me decidí a escribir *Marta y el mar*<sup>2</sup>; una historia que hace foco en el mar y que narra cómo un día, desde el cielo, Marta entró en sus aguas. Intenté ser delicado y poético, intenté contar una historia que les hiciera comprender lo que ocurrió en este país, intenté narrar el horror con cariño y cuidado hacia esos lectores en formación.

Una de las razones que me llevaron finalmente a contar esta historia fue la convicción de que narrar la dictadura y sus horrores es un tema fundamental de cara a las nuevas generaciones. La violencia ejercida por el Estado como una política de exterminio hacia quienes no representaban el ideario de los militares y de los civiles que alentaron el Golpe resulta inaceptable. Sé que muchos adultos arriscarán la nariz frente a un tema como este, sé que muchos se resistirán a que sus hijos lean el libro; ante esto solo me queda pensar en la incapacidad de esos adultos de tener una postura moral y ética frente al horror y la barbarie.

No se trata de seguir anclado al pasado, sino exactamente de lo contrario. Escribí *Marta y el mar* pensando en el futuro. Mientras antes los niños y niñas de nuestro país conozcan historias como esta, mucho más temprano crecerá en ellos la convicción de que dichos horrores no deben repetirse nunca más.

---

<sup>2</sup> *Marta y el mar* fue presentado el 5 de mayo en la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires.

